

Ensayo sobre el ensayo

Juan Carlos Dido

El ensayo y la literatura

Aunque ya cuenta con varios siglos de historia, el ensayo es el más nuevo de los géneros literarios. Entró en la literatura de la mano de Miguel de Montaigne, quien, si bien no fue su creador, porque hacia atrás se puede llegar hasta Luciano de Samosata en el mundo antiguo, fue el que le otorgó la identidad literaria.

A pesar de los sólidos antecedentes con que cuenta, parece no haber encontrado todavía su articulación con los demás géneros, que se muestran más claramente deslindados y disponen de una preceptiva más ajustada. Así, los tres géneros clásicos, épico, lírico y dramático, se presentan con dominio sobre el campo estético diferenciados por el alcance de la significación de los términos. No resulta difícil admitir la existencia de un «hecho narrativo» designado por la épica, un «hecho poético» designado por la lírica, y un «hecho teatral» designado por la dramática. Pero ¿cuál es el hecho literario acotado por el ensayo?

Intentar una aproximación al campo en cuyo ámbito el ensayo ejerce su función literaria constituye un camino para identificar su realidad. Se puede reconocer que hay un «hecho reflexivo» que se expresa mediante la argumentación y la crítica. Es un acto de meditación independiente, en el que el autor expone sus razones y elabora su propio método acerca de un tema, otorgándole una dimensión literaria con la construcción de una estructura expositiva racional. Ese hecho encuentra su expresión cabal en el ensayo.

En cada uno de los tres tipos principales de discurso predomina uno de los tres componentes del modelo canónico de la comunicación. El discurso expresivo destaca al emisor, el informativo atiende fundamentalmente al mensaje y el apelativo dirige su interés al receptor. Existe una relación natural entre los tipos de discurso y los géneros literarios. En el género épico, el autor desarrolla una historia. Personajes, épocas, circunstancias, tramas, están expuestos a la observación del lector. Con la infinita variedad de posibilidades creativas que permite, su propósito es presentar sucesos, informar sobre acontecimientos. Consecuente-

mente, tiene su apoyo en el discurso informativo, con énfasis en el mensaje.

El género lírico identifica la expresión de los sentimientos; abarca el dominio de lo subjetivo, del mundo interior. Su ámbito específico es el emotivo. Si el autor épico narra o cuenta, el lírico confiesa, declara lo que siente. El autor lírico únicamente habla de sí mismo. En sus creaciones puede utilizar personajes y adjudicarles experiencias y sentimientos, pero siempre serán reflejos del propio espíritu, volcados, con los recursos literarios adecuados, a las personas imaginarias que actúan como prolongaciones del autor. En la lírica predomina el emisor.

El género dramático se diferencia de los otros en que la obra dramática no termina en el texto. Su realidad esencial exige la representación, acto que constituye su natural y necesaria relación con el público. Se lo ha comparado con una partitura musical, que, si bien es una obra terminada, demanda la manifestación concreta en los sonidos, con la participación de los intérpretes que darán vida al código de símbolos que retienen la música en estado latente. El texto dramático también requiere los intérpretes que encarnen a los incorpóreos personajes, dotándolos del calor vital que les otorgue una existencia consistente durante el tiempo que dure la obra frente a los espectadores. Al género dramático, le interesa operar sobre el receptor con su contenido apelativo.

¿Y dónde ubicamos al «género ensayístico» en relación con las clases de discurso? Decía Ortega y Gasset que el ensayo es la ciencia menos la prueba explícita. Como definición es insuficiente. Equivale a definir la novela como la historia menos la prueba documental. La afirmación es perspicaz, pero sólo se refiere a un aspecto del ensayo: su aporte original y personal. El ensayista expone sus reflexiones personales sobre un asunto. Lo hace sin ajustarse a un método rígido y sin preocuparse por manejar demostraciones definitivas. Opina con argumentos propios que defiende mediante una especie de diálogo consigo mismo y con el lector. Desarrolla el pensamiento con soltura, admitiendo cierta divagación para formular aclaraciones o apuntes laterales y retomar luego la línea expositiva. Al autor de ensayos le interesa que el lector se introduzca en su fluir reflexivo para compartir la aventura del pensamiento. Por eso el ensayo no es frío ni objetivo, requisitos específicos del tratado científico o del informe técnico. Es una meditación que intenta incorporar la subjetividad del lector a la que experimenta el autor. Por ser un género expositivo, el ensayo carece de acciones y de personajes. En todo caso, la acción es una sola: el proceso reflexivo

que va cercando al tema; y los personajes son dos: autor y lector en solidaria vivencia.

El ensayo se mueve, en equilibrio inestable, entre los tres tipos de discurso: informativo, expresivo y apelativo. El autor vuelca su mundo interior, ordenado intelectualmente, con las emociones apaciguadas y los sentimientos calmos, pasados por un tamiz del acto reflexivo; pero ese escrito «expresa» contenidos que están dentro del ensayista. «Cuenta» una experiencia intelectual, Informando» su procesamiento y «apela» a la simpatía cordial del lector, con quien participa de un «drama» silencioso.

Los elementos del ensayo

La presencia en el ensayo de los tres tipos de discurso es resultado del vínculo particular que se establece entre autor y lector. Ambos, como se dijo, son los personajes exclusivos de la obra. El autor es el protagonista y el lector el antagonista. El primero es el personaje que encarna las «acciones»; el segundo asume las «reacciones». Pero esta confrontación se resuelve en fructífero intercambio. El autor discurre en su pensamiento, indaga en su interioridad sobre los motivos que lo llevan a sostener una opinión. La actitud implica elaborar la idea y el método. Procura persuadir avanzando por caminos totalmente personales. Si en algún momento acude a citas de autoridades o a transcripción de textos prestigiosos, no lo hace para respaldar su argumentación, sino como un recurso literario, como el poeta apela a la imagen o a la metáfora. El ensayista no pretende que le crean porque invoca nombres indiscutibles, que aparecen en el escrito como componentes de ornamento estético. Él pretende que, en la senda que su labor particular va abriendo, se reconozca la inauguración de una ruta espiritual y se identifique a la persona que traza esa avanzada. Igual que el poeta, el ensayista revela su mundo interior que, como en aquel, también está habitado por impresiones, sentimientos, deseos, ilusiones, sueños, dolores, esperanzas. Para el ensayista, ese ámbito configura una fuente de materiales en la que seleccionará aquellos que mejor se acomoden a responder sobre el tema elegido. Con el lenguaje ordenará esas materias y les dará forma. El tema funciona como un pretexto para que el autor, tomándolo como punto de apoyo, indague hacia adentro y estructure argumentaciones de apariencia objetiva en torno a la cuestión que le sirve de disparador. Esta actitud del ensayista es la que vuelve expresivo su lenguaje:

el tema es una señal de tránsito que invita a entrar en la geografía personal del autor.

Pero la indagación que surge de esa búsqueda no es un monólogo. El escritor de ensayos jamás olvida que hay un destinatario de su experiencia. Toma al lector de acompañante y, con él, seguirá el itinerario espiritual. Declara sus convicciones y lo hace confidente al lector. Construye su labor indagatoria asumiendo como propias las inquietudes que, supone, se plantea el receptor de su mensaje. Ese es el diálogo. En solidaria comunión, lleva de la mano al lector y le describe, con la excusa del tema, los paisajes de su alma. Con un tacto que tal vez él mismo desconoce, presiente y adivina la duda y el interés del compañero de viaje y, antes de que este formule su pregunta, el ensayista suelta la contestación en diálogo de simpatía. Esta dependencia respecto del lector, este acto de persuasión constante que sostiene el ensayista, otorga a su palabra el carácter apelativo, manifestado en una necesidad de autoconvencimiento, resultado de la cordial fusión con el lector.

El contenido del ensayo es el propio «yo» del autor. Cada afirmación, cada razonamiento, cada conclusión o propuesta, no son más que multiformes revelaciones de una visión egocéntrica que el ensayista quiere deslindar y presentar para poder compartirla. Procura transmitir una experiencia del espíritu, que va reviviendo a medida que la elabora literariamente. La asimilación del contenido del ensayo con el universo personal del autor impide la existencia de textos indiferentes, aburridos o cargosos. El escritor de ensayos pone pasión en su escritura porque, en última instancia, habla de sus sentimientos, a los que está observando en su relación con los demás componentes de la realidad psíquica y anímica. El ensayo es, en consecuencia, una obra entusiasta, que nace de una acción apasionada. Pero entonces ¿no es un texto objetivo? ¿No toma acaso el aspecto estricto del informe, del escrito teórico, de la monografía, de la investigación? ¿No es la ciencia sin la prueba? Parece que no. Es mucho más. Es un creador que reflexiona sobre su vivencia y anota el diario de viaje de su aventura vital. Es innegable, sí, cierta apariencia de objetividad que se descubre en el contacto inicial y desprevenido con el texto, formalmente informativo, ajustado a su asunto como si lo hubiera colocado en un tubo de ensayo para una observación imparcial. Pero la pretendida objetividad se debe a que el autor quiere ser fiel al mundo que entrega; y ese mundo es el suyo: la subjetividad más auténtica. El matiz objetivo, en todo caso, es la conciencia que el ensayista tiene de su actitud subjetiva.